

PANORAMA DE PORTUGAL

La Revolución del 25 de abril.

SU SIGNIFICADO Y PERSPECTIVAS.

POR

LUIS DE SENA ESTEVES

I. *Revolución equivocada.*

La Revolución del 25 de abril de 1974 en Portugal es ya, en este preciso momento, una revolución equivocada. Equivocada, es cierto, por lo menos para una de las corrientes que en ella participaron activamente, y cuyos hombres más importantes o están en la cárcel o en exilio.

El 25 de abril fue una equivocación del General Antonio de Spínola, de sus fieles capitanes y comandantes. Spínola en Brasil y Almeida Bruno en la cárcel de Caxias son el más claro testimonio de que la libertad de la Revolución de los claveles no era para ellos. En verdad, sólo después del 25 de abril comenzó para Spínola y sus compañeros la *dictadura*. Ahora sí, e inesperadamente, serán juzgados por alta traición.

Después de lo que pasó, la revolución se ha tornado más pura, casi unívoca, apartado el equívoco inicial que unió a masones, liberales, socialistas y anarquistas en un esfuerzo común para destruir la nación que no sentían como suya.

Se quedaron en el campo verdadera y únicamente los comunistas de Cunhal y los socialistas de Soares, viejos y fieles amigos, que

Abreviaturas.

C. D. S. *Partido Centro Democrata Social.*

P. P. D. *Partido Popular Democrático.*

para consolidar la vieja amistad tienen que refuir, a veces ásperamente. Lo que purifica y robustece su mutuo amor.

Los dos partidos demoliberales —*Popular Democrático y Centro Democrático Social*—, que tienen cierta filiación o parentesco con los partidos democráticos y socialistas de la Europa occidental, tuvieron que seguir en la cola de los dos primeros. Fueron obligados a firmar previamente a las elecciones el pacto con el Movimiento de las Fuerzas Armadas. Para sobrevivir aceptaron condiciones que los colocan fuera del juego político de la Europa libre, y que son, desde luego, similares a las existentes en el Este europeo.

Siendo así, la Revolución del 25 de abril ha colocado ya al país —cualesquiera que sean los partidos en causa— fuera de Europa. Aunque hubiesen aceptado el pacto con el M. F. A. con la finalidad de permitir *la efectiva imposición al País de un clima de orden público y respeto por la ley*", según el C. D. S. (1), o *porque la revolución puede correr el riesgo de quedarse en el camino de retroceder o de desviarse hacia donde no se quería*, según el P. P. D. (1), la verdad es que estos partidos aceptaron la *condición impuesta* de ir detrás del coche del vencedor. La *plataforma* pre-electoral, impuesta más que puesta por el M. F. A., fue en verdad una *plataforma* socialista de modelo marxista.

Las elecciones y sus resultados en nada modificaron estas circunstancias, porque el poder existente —nadie detenta en este momento el *Poder*— no ha cambiado de manos. El poco poder existente pertenece al M. F. A., Sindicatos, Comisiones Administrativas de las Cámaras, que es lo mismo que decir el Partido Comunista Portugués y sus títeres. En el resto existe la anarquía. Las elecciones no cambiaron los detentadores del poder ni la anarquía. Solamente afectaron al prestigio de los que mandan, lo que redundará ya en más anarquía.

No pudiendo ser juzgada por lo que es, la situación portuguesa se puede juzgar claramente por lo que se pretende que llegue a ser. En esta perspectiva, el Consejo de Ministros, reunido inmediatamente después del 11 de marzo, al interpretar las resoluciones del Consejo Superior de la Revolución, fue perfectamente claro: determinó que

(1) «O Século», 16-4-75.

se procediese a la colectivización de los medios de producción del país, en el sector bancario, en el sector industrial, en el sector agrícola. La nacionalización de los bancos, de las industrias fundamentales del país, de propiedades y empresas agrícolas de más de 500 hectáreas de secano y de más de 50 de regadío, de emisoras de radio y televisión, de los transportes públicos, son sin ninguna duda procedimientos propios de los regímenes socialistas marxistas del Este europeo, que no tienen similitud alguna con cualquier *socialismo* de tipo occidental.

La democracia pluralista, a que se acogieron los partidos democratas, no es más que un mito. El pluralismo dentro de un sistema marxista es verdaderamente la cuadratura del círculo.

Como en la *práctica* marxista lo que importa es la orientación concreta y no las abstracciones ideológicas, que sólo interesan en tanto adopten aquella orientación, se puede afirmar que la Revolución del 25 de abril perdió el equívoco inicial. Hoy está en la línea fundamental de la *praxis* marxista. Dado que el marxismo consiste en la *práctica* de una dialéctica materialista, y no en las diversas declaraciones y actitudes que adoptan sus políticos, será conveniente que no haya dudas acerca de esto: que Portugal está sujeto totalmente a una *praxis* marxista unívoca.

Habrà habido equívoco en quienes dieron su voto a Soares pensando que no se lo daban a un marxista; habrá habido equívoco en los partidos democráticos que aceptaron el pacto con el M. F. A. Son equívocos muy convenientes para una Revolución que es ya *unívocamente* marxista.

II. *Dos Actitudes.*

En toda esta evolución tuvieron gran importancia dos actitudes: una, la que yo llamo la *perversión pragmática* de la inteligencia contemporánea; otra la actitud mítica del *centrismo político*. No son específicamente portuguesas, sino que pertenecen a la mentalidad contemporánea europea. Representan la sustitución de la VERDAD, de la NATURALEZA CREADA, de la LEALTAD y la FIDELIDAD por el primado absoluto de la práctica, y por la estadística sociológica.

La perversión pragmática de la inteligencia.

¿Cómo fue posible que el general Antonio de Spínola haya defendido, en su libro "Portugal y el Futuro", una tesis que —pocos meses después negó completamente en la práctica, cuando entregó la Guinea Portuguesa y Mozambique sin *referendum*, sin ninguna justificación *democrática*, sin razón alguna apoyada en la voluntad de las poblaciones ni de raza o de etnia— a unos grupos de guerrilleros, más que minoritarios y solamente apoyados en la fuerza armada?

Afirmó en su libro categóricamente que el abandono puro y simple de Ultramar significaba la destrucción de Portugal como nación libre (2), proponiendo el *referendum* para solucionar la guerra. Pues bien, hizo todo lo que condenaba y nada hizo de lo que proponía.

Antonio de Spínola representaba la corriente más prestigiosa de la Revolución, pero *por una razón práctica* para continuar en el poder, no dudó en negar los principios políticos de esa corriente.

Esta es la auténtica historia del 25 de abril, la negación constante y sistemática de todos los principios que inicialmente se habían propuesto: 1.º La definición de Portugal como una nación plurirracial y pluricontinental, a la que competía decidir libremente su futuro; 2.º La instauración de un proceso democrático para resolver la crisis portuguesa; 3.º La instauración en Portugal de las libertades y garantías propias de la democracia; 4.º La intervención de las Fuerzas Armadas limitada temporalmente hasta que la nación portuguesa pudiese decidir mediante sus instituciones democráticas.

De todas estas afirmaciones iniciales solamente fue cumplida la referente a las elecciones, que, por lo demás, fueron totalmente desvirtuadas en su significado democrático con la eliminación arbitraria de un buen número de partidos de derechas y centro (Partido do Progresso, Partido Nacionalista Portugués, Partido Liberal, Movimiento Popular Portugués, Partido Demócrata Cristiano, Movimiento de Acción Portuguesa). Elecciones que fueron totalmente controladas por el pacto impuesto a los partidos restantes, y que acabaron, de hecho, por ser anuladas en sus resultados, puesto que el Partido Co-

(2) Antonio de Spínola, «Portuga e o futuro», Ed. Arcadia págs. 3 y 5.

munista Portugués y el Movimiento Democrático Portugués, ambos comunistas que perdieron las elecciones, se niegan a dejar los puestos de mando que tienen en todo el país.

No nos sorprenden estos hechos. Los esperábamos todos. Lo que nos preocupa es la incoherencia, la mentira, la aceptación de la realidad sin que la conciencia europea y nacional se vuelva contra deslealtad tan evidente. Aunque ésta sea una actitud constante en la historia contemporánea.

Se han alzado a los altares una cantidad de dioses o mitos —igualdad, libertad, democracia, coexistencia pacífica, autodeterminación de los pueblos—, pero estos dioses no han conseguido imponer sus leyes ni traer la paz a la tierra. Al contrario, han provocado por sí mismos una situación de catástrofe en la cual puede perderse la propia humanidad.

El hombre moderno creó dioses a su semejanza y se adoró a sí mismo. Por eso no puede, ni tampoco quiere, renunciar a lo que le pierde y ahoga.

Desde la Revolución rusa, hace sesenta años, las revoluciones comunistas han sometido naciones y pueblos enteros —como en el caso más reciente del Vietnam, del modo más patentemente contrario a los mitos que creó el mundo moderno— y los gobiernos de esos países son aceptados a la convivencia internacional, con una desprestigiante y más que comprometedora actitud de pasividad. La conciencia mundial no manifiesta la más pequeña reacción vital ante los acontecimientos que, como los de la invasión de Vietnam, amenazan no sólo la convivencia internacional sino sus propios fundamentos.

Parece que el pensamiento humano está sujeto a la ley de la contradicción, parece que puede ya aceptar al mismo tiempo los principios y la negación de los principios. La lealtad, la fidelidad, apenas son ya sino recuerdos de viejos y pasados tiempos. Y, sin embargo, esas dos virtudes constituían la garantía misma de toda vida social, puesto que los conceptos de ley, de justicia y de derecho son incomprendibles sin aquellas virtudes de la voluntad y de la inteligencia que exigen el respeto de un criterio constante y trascendente, y la aceptación de alguna cosa que está más allá de nosotros y se nos impone.

No existe nada inteligible, solamente hay un impulso ciego y loco hacia la nada. Nosotros, que nada entendemos, que nada comprendemos en contra del principio de identidad del ser consigo mismo, nos sentimos aniquilados con esta generalizada indiferencia para con la verdad. La verdad deja de interesar al hombre común, y lo que es aún peor: la verdad solamente interesa para servir la práctica política. Lo que queda de verdad se encuentra esclavizado a la práctica. Se imponen los hechos, las fuerzas, la eficiencia del querer, la revolución, erigida en sistema contra el ser.

Se ha sustituido el *En principio era el Verbo* de la fe católica, por el *En el principio está la acción*, es decir, la fuerza ciega, instintiva, irracional de la materia.

Sólo entendiendo esto, llegaremos a comprender la actual política portuguesa. La proclamación solemne del Movimiento de las Fuerzas Armadas, hecha por el general Spínola a los portugueses, en la madrugada del día 25 de abril de 1974, era solamente pragmática, *práctica*. No significaba nada. Era todavía la propia fuerza de la Revolución: fuerza y no idea o concepto, entendámoslo bien. Eso ha permitido que con su sugestión se hayan producido los siguientes hechos:

— 1.º La toma de posiciones en los centros vitales del País por representantes del Partido Comunista Portugués.

— 2.º Las tomas de posiciones en el mundo orientadas por movimientos favorables a la estrategia marxista.

Si bien en el programa del Movimiento de las Fuerzas Armadas se propugnaba la democracia, la libertad, las garantías individuales, no es posible entender que hubiese habido realmente intención de realizar tal programa. Los hechos demuestran lo que afirmo. Interesaba solamente la sugestión y la fuerza de esos ideales para la consecución de los fines que se querían alcanzar. La proclamación de los principios ha provocado inmediatamente la liberación de fuerzas instintivas, de fuerzas puras, irracionales, que, por sí solas, han sembrado el desorden, la anarquía, la rebelión contra la razón, contra la obediencia, contra el propio concepto ético. La fuerza instintiva desencadenada de esta forma, fue utilizada para destruir el orden moral, político y racional de la nación portuguesa, *desde sus cimientos*.

Estamos viviendo la misma definición de la práctica marxista, utilizada desde el primer día de la Revolución de abril.

Y no se alegue que decir una cosa y hacer lo contrario haya sido siempre propio de la política y que ahora, una vez más tan solo, ha sucedido ésto. Es cierto que la mentira, la infidelidad, la deslealtad, empezaron en la historia con el hombre, pero el marxismo rompe el propio concepto de verdad y destruye desde la raíz la actitud de lealtad y fidelidad. La práctica marxista, que define el proceso portugués, es la sistematización de la perversión en política, es la infidelidad sistemática al ser, pues es el propio sistema político el que recusa la verdad en sí misma. Es un maquiavelismo al servicio no de una idea, ni de una ambición, ni de un imperio, sino más bien al servicio del mismo maquiavelismo. Es un maquiavelismo esencial, no como proceso, no como medio, sino como fin. En suma, es la revolución total, sistemática y permanente.

El socialismo de Mario Soares y los movimientos marxistas portugueses, independientes del Partido Comunista Portugués, en nada se distinguen en la práctica revolucionaria esencial en el aspecto de la sistemática negación de la verdad. Únicamente procuran independencia y autonomía de su proceso pragmático.

Los partidos llamados democráticos, como el *Partido Popular Democrático* y el *Centro Democrático Social*, aunque no marxistas, se dejan todavía sujetar por el proceso de la práctica marxista impuesto al país. No pudiendo lograr una orientación independiente, han aceptado el juego según el propio sistema del adversario. Este fue el gran error de Spínola.

La corriente social demócrata, en la que se apoyó el general Spínola aunque con programas políticos semejantes, tienen orígenes distintos. El *P. P. D.* nació de la misma oposición democrática al régimen de Salazar. El *C. D. S.* del propio régimen depuesto, en su tendencia *Marcelista*, cuyo lema era "la evolución sin revolución", esto es la transición sin traumas, de un régimen corporativo a un régimen demócrata.

El *P. P. D.* de Sá Carneiro, viene paso a paso negando sus propios principios, por razones prácticas, claro. Siempre con ministros en el Gobierno provisional, colaboró —aunque fuera pasivamente— en la sistemática negación de los principios democráticos en la conducción

de la política portuguesa. Con el pretexto de no dejar el poder en manos de los comunistas, aceptó la liquidación del Ultramar, la toma del poder por los comunistas, la institucionalización del *M. F. A.* y no sabemos qué más aceptará aún.

El *C. D. S.* es paradójicamente el único defensor de la misma democracia que depuso al anterior régimen. Sin fuerza, sin representación en el Gobierno provisional, se refugió en el mito protector de la democracia. Claro que tiene solamente la protección de un mito y nada más. Defensor anteriormente del corporativismo, y, por supuesto, de un régimen tradicionalista y no democrático, defiende ahora una democracia ultrapasada por los hechos y fuera de posibilidad. Si, en la conducción política, se otorga la importancia decisiva a las fuerzas y no a las ideas, se debe preguntar si el *C. D. S.*, corporativista hace un año y democrático ahora, no perdió acaso precisamente aquello mismo que procura, la fuerza de los vientos. Ni idealmente ni prácticamente la democracia tiene la menor oportunidad.

La perversión pragmática de la inteligencia afecta hoy de modo trágico a todo el proceso político portugués, en todo el ajedrez nacional. La seducción de la *praxis* sustituye a la fuerza de la verdad, verdad que en política se debería referir al real interés de la nación, en sus raíces, en su cultura, en su alma colectiva, en sus instituciones, en sus órganos sociales primarios y secundarios, en su futuro.

De negación en negación, de compromiso en compromiso, y con el alto fin de salvar una reserva moral e ideal, asistimos a la destrucción de todos los valores, ideas, instituciones que a lo largo de los siglos forjaron la nación lusa. Y mientras la verdad, la ética política, la naturaleza, la lealtad a un ser histórico, que es Portugal, no ejerza su natural fuerza imperativa en la vida nacional, no podremos esperar otra cosa que no sea la consumación progresiva, quizá definitiva, del desastre.

III. *El Mito del centrismo.*

Aunque la única posibilidad de salvar la nación sea el urgente regreso a la verdad, a la ética política, al interés y a los valores nacio-

nales, lo que desgraciadamente se plantea como solución es una política democrática de centro.

Perdida la referencia a la verdad, perdida la noción de la identidad del pensamiento con el ser, se planteó como norma y objetivo de la política el equilibrio entre extremos. El extremismo es considerado hoy el pecado en política. El centro entendido según un concepto de la física como el punto estático en torno del cual oscilan los extremos— es el ideal pragmático de los órdenes políticos que en Occidente aún creen poder imponerse como alternativa de la revolución.

El centro es media, es mayoría, pues la mayoría es identificada habitualmente con la media. Centro —media— mayoría. La política se hace, según esta concepción, ciencia sociológica y estadística. Sociología y estadística se han convertido de este modo en criterio de normativa política.

Todos los fenómenos democráticos se pueden expresar con una curva en la que se da la más alta frecuencia de casos en la parte media, que van decreciendo en frecuencia a uno y otro lado. Variando las condiciones, las frecuencias cambian más hacia un lado que hacia el otro.

Escojamos, por ejemplo, un *test* de conocimientos. La frecuencia cuantitativamente más elevada de la población sujeta al *test*, tiene su punto álgido en una valoración, que podrá variar más para la derecha o más para la izquierda, de acuerdo con la cultura y el aprendizaje a que haya estado sujeta la población. Resulta así manifiestamente absurdo poner como criterio de decisión la frecuencia más elevada. La valoración por la frecuencia llevaría a admitir que la equivalencia de las frecuencias minoritarias de quienes no resolvieron una sola cuestión del *test* y las de quienes los resolvieron todos.

El centro, la media, la mayoría adoptadas como criterio político obtienen, con todo rigor, el mismo resultado. Se enajenan de los valores reales, de la verdad. Se pretende con ese criterio una posición de equilibrio de fuerzas, que permita el juego posible en política.

En la realidad, según las circunstancias que actúen sobre la población, una corriente política de centro, puede desplazarse hacia un extremo, sin cambio intrínsecò. Así, en Portugal, por la eliminación

de varios Partidos de derecha y centro, el Centro Democrático Social, que era un partido de centro, se transformó en partido de extremo y, sin ningún cambio intrínseco, y su ideología pasó a considerarse como extremista. Como tal apenas consiguió un diez por ciento de los votos, menos aún que el Partido Comunista Portugués.

El Partido Socialista, que es un auténtico partido de izquierda, pasó, también sin cambio intrínseco de ideología, a resultar un partido de centro y, por eso, obtuvo la mayoría de los votos en las elecciones. No cuesta ya creer que el Partido Comunista Portugués aún llegue a ser un partido de centro. El electorado tiene siempre tendencia a votar en los partidos de centro, solamente porque son de centro, sin consideración por los valores que defienden. La victoria de un partido de extremo implica la sugestión de la imposibilidad política de gobernar, de la inestabilidad. Por eso el mayor interés de todos los partidos es el de ser escoltados a uno y otro lado por partidos extremistas. En un sistema democrático bipartidista, como los que existen en algunos países occidentales, se verifica el mismo fenómeno: la tendencia centrista está representada por el hecho de alternarse ambos partidos en el mando de la política.

En las democracias, por más auténticos que sean sus valores, ningún partido de extremo tiene posibilidades de vencer. Al estar fundada la democracia en criterios sociológicos y estadísticos, se trata de una imposibilidad práctica y sistemática.

La tendencia centrista se justifica con la noción de equilibrio Verdadera estadísticamente, es mítica como criterio de valoración, y mítica en sus resultados. En realidad no produce el equilibrio deseado.

Ese equilibrio no tiene la menor referencia al equilibrio político de la sociedad humana. Es un concepto equivocado de equilibrio. Importa deshacer ese equívoco, gravísimo en sus resultados y aplicaciones.

Si entendemos el equilibrio con referencia a la verdad, a valores naturales y sociales, a una realidad independiente de ficciones, *al ser*, fácilmente llegaremos a la conclusión de que el equilibrio centrista de la democracia nada tiene que ver con el equilibrio social con la estabilidad, con la salud de las sociedades políticas.

No hay equilibrio cuantitativo en lo que respecta a la verdad, a

la naturaleza creada, en lo que respecta al Ser. La verdad, la naturaleza creada, el Ser es uno, no es una media entre varias hipótesis o teorías. La Verdad, la naturaleza creada, constituyen el único y necesario criterio de la política, y la política tiene que aceptar la totalidad de la Verdad, de la naturaleza, del Ser, si quiere obtener estabilidad, salud social, *equilibrio* real. El equilibrio es una consecuencia de la política referida a la Verdad.

El equilibrio —o armonía— tiene su exacta y propia aplicación en lo que respecta a esta cualidad específica: que una sociedad política está constituida por diversos órganos, poderes y jerarquías que se deben armonizar entre sí y todas en su conjunto para la obtención del bien común. Es la verdad, es la naturaleza creada, es el Ser que determinan este bien común, y ellos también exigen la variedad y armonía de diversos poderes y jerarquías sociales. Allí está el verdadero concepto de equilibrio político, que es equilibrio orgánico.

En un sistema democrático existen solamente el individuo y el Estado, emanación del individuo por medio del sufragio universal. El Estado proviene de la voluntad individual por medio del voto, y así solamente se plantean en la vida social todas las limitaciones, derechos y deberes. Siendo así, los límites entre los cuales oscilan los regímenes democráticos son la anarquía, o sea, la máxima realización del individualismo, y el socialismo en su grado más extremo, en el cual el Estado toma a su cargo la mayoría de las funciones individuales. El equilibrio dentro de este sistema estará en un compromiso entre la libertad individual y las atribuciones del Estado.

Queda fuera de esta concepción la propia realidad orgánica de la sociedad, por consiguiente, la propia noción de sociedad. Resulta imposible de este modo el concepto esencial de armonía social, que es fundamentalmente el equilibrio entre órganos, entre poderes sociales naturales. Queda fuera de esta concepción la misma noción del Poder y del orden jerárquico, que es algo dado por la naturaleza y no dado contractualmente. Siendo la armonía social esencialmente una referencia, una relación entre sujetos y objetos del poder, podemos afirmar que la ideología democrática, por sí sola, es ajena al concepto del equilibrio social. Por más que lo busque, jamás lo encontrará, puesto que está *fuera* del sistema.

IV. *La solución perdida.*

El tradicionalismo cristiano es el único que podría conseguir aquel equilibrio, dado el respeto por la naturaleza creada, manifestado en la sociedad política por medio de múltiples órganos y jerarquías con poder propio.

Este tradicionalismo cristiano tiene identidad fundamental con el corporativismo, aunque el corporativismo haya sido también identificado a ciertas ideologías totalitarias de extrema derecha, pero sin fundamento real.

El concepto de corporativismo es definido por el concepto de sociedad política integrada por organismos, que se relacionan entre sí y con jerarquías superiores, según la subordinación general al bien común. Ese bien común ni aplasta ni dispensa la justa subordinación al interés común, creado y formado por una evolución histórica, en la que intervienen múltiples factores y circunstancias: geográficas, raciales, lingüísticas, guerras, solidaridades vividas, etc., etc.

Si el corporativismo se entiende como una ideología de derecha conviene hacer una importante distinción. En primer lugar no es una ideología, puesto que puede afirmarse que fundamentalmente es realista e histórico, fundado en una realidad viva y creadora al mismo tiempo. Y se distingue también de las ideologías en cuanto afirma una total fidelidad a la naturaleza creada: respeta el concepto de Verdad, de Ser, anterior e independiente de la inteligencia humana.

Cuando se afirma, de igual modo, que el corporativismo es una ideología de derecha, se debe afirmar, sin dejar lugar a dudas, que el corporativismo se encuentra fuera de un sistema de partidos, y no puede, por tanto, ser entendido como si se opusiese a una izquierda dentro de un sistema democrático. El corporativismo se opone radicalmente y en bloque a toda la gama de posiciones partidistas en un sistema democrático. Como se opone radicalmente, y de igual forma, a la anarquía y al socialismo, ideologías atomísticas de la sociedad, cada una a su manera evidentemente. Si se entiende el corporativismo como derecha debe entenderse en el sentido de que se opone

radicalmente y desde fuera a las ideologías anarquistas, democráticas y socialistas.

El corporativismo del régimen de Salazar ha sido identificado con el concepto de corporativismo de Estado. Y también con un concepto raro de corporativismo capitalista. En realidad el corporativismo del régimen de Salazar era esencialmente tradicionalista y cristiano, aunque no consiguió liberarse de los condicionamientos peculiares europeos en que había nacido, o sea, ni de la influencia del nacional-socialismo ni de la influencia del capitalismo liberal. A su vez, el corporativismo italiano del régimen de Musolini nació de la evolución de importantes jefes socialistas —aunque no del socialismo como sistema— hacia una concepción tradicionalista y cristiana de la sociedad, pero que no consiguieron liberarse totalmente de sus prejuicios de origen ni de cierta influencia indirecta de la filosofía hegeliana proclive al totalitarismo estatal.

Estas circunstancias europeas apenas influyeron extrínsecamente en Salazar, formado en la más auténtica tradición cristiana y portuguesa, heredero del legado cultural del Integralismo Lusitano de Sardinha. Sin embargo, no consiguió liberarse de las influencias contemporáneas, aunque debemos afirmar que, no obstante todas las deficiencias, su régimen se definía esencialmente según un concepto de tradicionalismo cristiano. No democrático, no liberal, tampoco socialista.

La incompreensión total de una Europa demoliberal, la oposición radical del mundo marxista, la incompreensión u oposición de la Iglesia, agravada en los últimos tiempos, la infección e implantación en la vida nacional de todas estas tendencias, la falta de fe, la falta de valor, la pasividad e infidelidad de las élites nacionales más representativas, cercenaron el desarrollo del corporativismo portugués, y, por eso, cuando este incompleto corporativismo fue llamado a su prueba de vida o de muerte, sucumbió. Hoy parece que no queda nada de la labor de un extraordinario estadista, ni del sistema que durante cuarenta y ocho años procuró plasmar un Portugal verdaderamente notable. Ninguno de los cuerpos sociales de la nación portuguesa parece capaz de resistir la tempestad que de súbito cayó sobre ella. *Es evidente la falta de vitalidad de los cuerpos sociales de la Nación.* Si

en el 24 de abril de 1974 estos órganos hubiesen tenido plena vitalidad, no habiésemos llegado a la proximidad de una catástrofe.

Meditemos acerca de las causas de este tremendo revés del corporativismo del régimen de Salazar.

Antonio de Oliveira Salazar era un profesor de Finanzas en la Universidad de Coimbra. Cuando fue llamado al Gobierno, iba solo, sin que le acompañase el habitual séquito de un líder político. Saneada la catastrófica economía portuguesa, se encontró rodeado de un enorme prestigio, que le permitió emprender por sí solo la estructuración de la nación en sus raíces tradicionales, en sus órganos fundamentales, según la concepción corporativa heredada de los más legítimos pensadores portugueses de la tradición cristiana.

Durante años seguidos, intentó reconstruir al país, destruido en sus instituciones por más de un siglo de liberalismo. Es difícil, sino imposible, conseguir en un período de gobierno personal, por más largo que sea, la restauración definitiva de la nación. Las dificultades heredadas, las dificultades creadas, internas o externas, se oponían tremendamente a la propia concepción corporativa. La influencia creciente de la revolución socialista, como su lucha de clases por medio de la actuación del Partido Comunista, amenazaba y constantemente impedía la realización de la solidaridad orgánica de la nación. Los *derechos humanos*, entendidos y aplicados según la ideología liberal, apoyada en este aspecto por la corriente progresista, se aducían contra el propio sistema político, que afirmaba que los conflictos sociales no deberían arreglarse a partir del concepto de lucha y oposición, sino a partir del concepto de solidaridad orgánica.

Además, la cuestión del régimen implicaba en los últimos años una amenaza contra la misma existencia física de la patria, agravada con la guerra ultramarina. Portugal se convirtió en objeto de la codicia de las grandes potencias.

El ordenamiento corporativo de la sociedad, según un concepto tradicionalista, exigía la justa medida y armonía entre la libertad y la responsabilidad de los diversos órganos sociales de la nación: familia, tribu en Ultramar, empresas, municipios, corporaciones profesionales y otras.

La Cámara corporativa era, conceptualmente, el órgano repre-

sentativo de la Nación, en sus raíces tradicionales: una especie de *Cortes Gerais* del inicio de la nacionalidad. A esta Cámara corporativa se sobreponía, sin embargo, una *Cámara de Diputados*, elegidos por sufragio universal, inorgánico, conforme al modelo liberal. Con las elecciones para esta Cámara volvía a la superficie el sistema partidista propio del liberalismo; y, en realidad, siempre existieron partidos políticos, de modo más o menos tolerado, como es el caso del M. U. D., que apareció en 1945 y fue permitido durante algunos años. El corporativismo, por razones de la política europea, no se pudo purificar ni legitimar. Salazar tuvo que admitir prácticamente la existencia de partidos políticos, si no legalizados por lo menos suficientemente tolerados que permitían la continuación de la ideología liberal en el mismo seno del corporativismo.

Temerosa por todas estas circunstancias, la Administración estatal —el Estado, en su concepción corriente— fue absorbiendo progresivamente la justa libertad y responsabilidad de los órganos sociales. El régimen corporativo funcionó bajo la gestión estatal, con lo cual se cercenó gravemente no solo la libertad de los órganos sociales sino también, lo que es aún más grave, el sentido y el hábito de responsabilidad. Se cayó así en el mismo vicio fundamental del liberalismo que se quería evitar.

En realidad, Salazar tuvo que limitar, mucho más de lo necesario en una época normal, las libertades y responsabilidades de los órganos sociales de la nación, por creer que, en una tremenda crisis europea, se justificaba una autoridad dictatorial aunque templada, en su sentido más noble y exacto.

La tremenda crisis de la postguerra, en que fueron aplastadas un sin número de naciones, y puestas las condiciones para la amenazadora situación política mundial de nuestros días, justificaba por sí sola una dictadura, en un sentido más exacto. Se planteaba todavía el dilema: mientras la dictadura ejerce su necesario poder, los órganos sociales lo pierden, y si los órganos sociales se desacostumbran a usar el poder, la dictadura acaba por no conseguir su finalidad. La conclusión es que una dictadura tiene que ser corta.

Bien lo habría comprendido Salazar, pero la crisis europea, lejos de solucionarse, se agravó progresivamente hasta nuestros días y en

los últimos años esta crisis se hizo sentir gravemente en la propia vida nacional, por la guerra ultramarina. La única hipótesis estimada posible era la de sostener un régimen autoritario con la menor limitación posible de las libertades orgánicas —no me refiero a las libertades del individualismo liberal— hasta tanto que la crisis internacional y nacional lo permitiera, y después ir restituyendo gradualmente el poder propio a los órganos de la nación.

Con la muerte de Salazar subió al poder un jurista y profesor que ganó sus justos méritos como quizá el más importante corporativista de la actualidad política portuguesa, Marcelo Caetano. No obstante, este gran corporativista hizo la única cosa que jamás debía haber hecho: concedió cada vez mayor fuerza a la corriente liberal, al mismo tiempo que restringía la libertad y responsabilidades de los órganos primarios y secundarios de la nación, como la familia, las empresas y municipios, y a los organismos corporativos como gremios, federaciones y otros. El liberalismo sobrepasó al corporativismo, definitivamente, en el mandato de Caetano.

En el día 24 de abril no teníamos ya ni corporativismo, ni órganos sociales, ni régimen autoritario, ni siquiera liberalismo. La nación estaba inerme ante el poder del Partido comunista.

El Partido comunista tomó entonces todo lo que era decisivo en la Nación: empresas, sindicatos, municipios, todas las especies de asociaciones. Los órganos sociales no estaban acostumbrados al poder, no lo poseían, ni siquiera lo perdieron. El poder pasó del Estado al Partido.

No quiero terminar este análisis sin dejar de subrayar que cuando hablo de dictadura en el régimen de Salazar no emito ningún juicio despreciativo. Dictadura significa, en este caso, el uso personal del poder político por Salazar, no absolutamente un autoritarismo inhumano o cruel, como aparece en todas esas caricaturas de la actualidad. Era una autoridad personal y fuerte, sin duda, pero subordinada a un concepto moral, a una ética transcendente que era la cristiana.

Siendo un régimen autoritario, que muchos quieren despreciar con el nombre de dictadura, las libertades y garantías para los ciudadanos normales, para la gran mayoría, casi la totalidad, eran totales. ¿Quién se pudo quejar de la *dictadura* de Salazar?: unos diez, no más,

profesores universitarios, un Obispo, una docena de funcionarios públicos, pocas centenas de perseguidos políticos, en un período de cuarenta años. Seamos honestos: Occidente, que no ha sido todavía capaz de emplear la palabra dictadura para el actual régimen portugués, que, no obstante, tan solo hasta el mes de diciembre del año pasado ya había apartado 12.000 funcionarios públicos, según informes oficiales (3), ¿cómo puede emplear esa palabra en todo su significado despreciativo respecto del Régimen de Salazar?

V. Conclusión.

Portugal del 25 de abril es un mensaje para el mundo actual y significa que cuando la sociedad humana se deja pervertir en su inteligencia, cuando, después de perder la verdad, pierde el mismo sentido de esa verdad, su destino es la aniquilación.

La opinión occidental ironiza respecto de Portugal, como si el caso portugués no fuese una tremenda tragedia.

No debería olvidar Occidente, que Portugal ha dado pruebas durante ocho siglos de un heroísmo casi sobrehumano, ni que Portugal en los últimos diez años fue capaz en Africa de resistir solo contra los intereses y conjuras del mundo capitalista y comunista al mismo tiempo, en territorios extensísimos.

El significado del caso portugués es el de una aniquilación, si no se produce algo extraordinario. Portugal sucumbió cuando perdió el sentido de los valores transcendentales, el sentido de la verdad cuando se dejó pervertir en su inteligencia por la dialéctica materialista.

Occidente no quiere entender este mensaje y se cree capaz de resistir con su poder económico, con sistemas políticos agnósticos a la verdad transcendente. Dios o el absurdo, se plantea en el caso portugués.

El sentido de la verdad, el sentido del Ser se perdieron en la acción de los que dirigen las realidades sociales. Los hombres de acción

(3) Nota oficial de *La Comissão Interministerial de Reclasseificação*, publicado en enero de 1975, en todos los periódicos diarios.

se dejan conquistar por el prestigio de la revolución marxista y creen que solamente en esta revolución pueden saciar su sed de resultados, su ambición de dominar las realidades políticas.

Es urgente que los hombres de acción sean suficientemente humildes para soportar el fracaso de las primeras horas de una difícil reconstrucción social, partiendo de los escombros dejados por más de un siglo de liberalismo.

Es necesario creer, es necesario querer, aunque se tenga que morir para resucitar después. A los hombres de hoy, a los que tienen la tremenda responsabilidad de conducir la acción política, se pide, sobre todo, la fidelidad integral a la verdad, y la lealtad a los hombres. Fidelidad a Dios, a la naturaleza creada, al pensamiento de Dios patente en el Ser.

Ya en Portugal se empieza a comprender esta exigencia fundamental. La Iglesia en Portugal empieza a comprender que debe ser fiel y dar testimonio de la verdad, olvidada durante más de una década de progresismo, de escepticismo y —Dios me perdone si pienso mal— de ateísmo. Dios, la fe, la verdad, se perdieron para los portugueses, pero los portugueses han comprendido finalmente que Dios, la fe, la verdad eran su mismo fundamento como nación. Sacerdotes y seglares empiezan ahora a estar unidos en la fe de Cristo, *fundamento único de la Paz*.

Yo creo que, restaurada la fe, aparecerán los jefes dispuestos a conducir a los hombres con lealtad y según la fidelidad debida a Dios.

Con fidelidad a Dios y lealtad a los hombres, pronto aparecerán en Portugal jefes que, con estas esenciales virtudes, reconducirán mi país a sus raíces y le llevarán al necesario cumplimiento de su misión.

Aparentemente muy pocas y pequeñas, en realidad muchas y fuertes, son las razones de mi esperanza (*).

(*) Este artículo fue escrito en el mes de mayo de 1975. Corregidas las pruebas tipográficas en el mes de julio, las circunstancias surgidas después que fue escrito, justificarían algunas correcciones y muchas nuevas observaciones. Pero, a fin de que el artículo no pierda su unidad original, lo dejo como lo escribí. Los lectores harán por sí mismos las correcciones y observaciones fáciles de hacer.